



**Casa abierta al tiempo**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

**UNIDAD IZTAPALAPA**

**DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES**

**POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS**

“Devenir futbolista. En busca de un abordaje teórico y metodológico de los jugadores de fuerzas básicas”.

Federico Czesli

ENSAYO

Para obtener el Diploma de Especialización

en Antropología de la Cultura

Director: Dr. Néstor García Canclini

México, D.F.

Julio de 2015

*“Me hubiera gustado darme cuenta de que  
en el momento de ponerme a hablar  
ya me precedía una voz sin nombre  
desde hacía mucho tiempo”*

*Michel Foucault, El orden del Discurso*

La carrera de un futbolista suele comenzar a los cinco años, cuando un adulto lleva al niño a una “escuelita de fútbol”, un espacio deportivo donde el fútbol tiene principalmente una dimensión lúdica. Se estima que desde esa edad hasta los doce años aprenden lo más importante de la técnica: a pegarle a la pelota con ambas piernas, protegerla con el cuerpo, cabecear, gambetear, rematar. Lo que no se aprendió hasta esa edad se puede mejorar, dicen los técnicos, pero ya difícilmente se pueda aprender como se debe, de modo que aún en el juego hay un desarrollo, una formación. En la incorporación de los niños al fútbol y su continuidad la figura del adulto es central: nueve de diez chicos entrevistados<sup>1</sup> dijeron tener un padre, hermano mayor o un abuelo que también se dedicó al fútbol y logró alcanzar la primera división, jugó en alguna liga del interior del país o se quedó en el camino, “no llegó”. De modo que en los chicos que intentan ser profesionales anda dando vueltas esa imagen, ese modelo a seguir de lo que se puede alcanzar, de lo que alguien como él casi alcanza.

A partir de los doce años pueden incorporarse a las inferiores o fuerzas básicas de un club profesional, donde son “fichados” ante la organización nacional del fútbol, comienzan a entrenar sin fines lúdicos e inician una carrera competitiva con el objetivo de alcanzar la primera división. Al finalizar cada temporada, las instituciones deportivas definen qué jugadores continúan y cuáles quedan “libres” (para irse a cualquier otro club). Es decir, definen si continúan apostando por ellos como proyecto futbolístico, si siguen invirtiendo el dinero o si prefieren que lo ocupe otro jugador. En paralelo, a medida que los chicos crecen, superan etapas y se acercan al debut en Primera van incrementando su valor económico. El valor económico sube por dos motivos: porque aumenta el tiempo de inversión del club en ellos y porque se reduce el riesgo para quien desee hacerse de su juego. No es necesario que cuenten con un contrato de ligazón con el club: la “ficha” implica que no pueden jugar en ningún otro club por dos años, de modo que si otro

---

1 Durante el mes de abril de 2015 se realizó un trabajo exploratorio en la categoría “séptima” (jugadores nacidos en 1999, de 15 y 16 años) del Club Atlético Estudiantes de la Plata, de la provincia de Buenos Aires, Argentina. Allí se realizó un trabajo de observación de los entrenamientos y partidos de fútbol, entrevistas con diez de los jugadores (sobre un total de 35) y con parte del cuerpo técnico que se encarga de su formación. Los resultados de dicha indagación aún están en proceso, de modo que en el presente ensayo sólo se mencionarán algunos elementos que ya fueron chequeados y que pueden guiar algunas preguntas de investigación.

equipo quisiera incorporarlos, debería acordar con el club que hasta ese momento lo formó una suma de dinero por el traspaso. De modo que ese valor la mayoría de las veces no es fijo ni explícito, y sólo se define cuando algún club lo quiere fichar, y ahí la institución formativa evaluará cuánto tiempo se formó el chico con ellos, cuántas perspectivas de “llegar” tiene, cuánto está resignando al dejarlo ir. Puede ser desde un juego de camisetas y diez pelotas hasta cifras en dólares.

La venta de jugadores representa el ingreso central de los clubes de fútbol. A modo de ejemplo, el 11 de diciembre de 2014 el pasivo del Club Estudiantes de la Plata alcanzaba los 276 millones de pesos argentinos, según su presidente Juan Sebastián Verón. Cinco días después, el mismo confirmó el traspaso al UC Sampdoria de Italia del 50 por ciento del pase de Joaquín Correa, jugador nacido en 1994 y llegado al club a los 11 años, en 10 millones de dólares, de modo que con su venta se cubrió el 30 por ciento del pasivo institucional.

Por supuesto, no todo jugador vale 20 millones de dólares a los 20 años<sup>2</sup>. Pero más allá del éxito que pueda tener uno u otro, lo que indudablemente existe es un proceso colectivo que lleva a los jóvenes a desear convertirse en jugadores de fútbol. Por esa aspiración se incorporan a una estructura deportiva que les exige altos niveles de desempeño físico, competitividad con sus propios compañeros, exponerse permanentemente a la mirada adulta; muchos abandonan a su familia a los once años para ir a vivir a una pensión o con algún conocido<sup>3</sup>, en otros casos, las familias enteras se trasladan a la zona en la que se sitúa el club del hijo; los chicos aprenden a viajar solos una o dos horas todas las mañanas, a ir a la escuela en turno vespertino, a cocinarse, a zurcir la ropa rota. Y la apuesta tiene más posibilidades de fracaso que de éxito: en promedio solo uno de cada 110 chicos que juegan en las fuerzas básicas argentinas alcanza la Primera División.

Doy por supuesto que un proceso de este tipo no puede ser el resultado de la coincidencia ni del voluntarismo individual y subjetivo de numerosos jóvenes (si acaso esto pudiera ser posible) y parto de la idea de que es producto de la relación que éstos establecen con la estructura en la que nacen. De modo que lo que me propongo es comprender el proceso por el cual un niño se convierte en jugador de fútbol.

A partir del breve relato expuesto podemos observar dos problemas o conflictos: el primero

---

2 En dicha fecha, el dólar correspondía a 8,5 pesos argentinos.

3 Juan Pablo Meneses relata numerosos casos de trata de jugadores y niños que quedan a la deriva en países europeos tras haber fracasado en su intento por devenir profesionales. Sin embargo, por el momento me voy a dedicar a la estructura oficial, legitimada, la que está socialmente aceptada y no es eje de cuestionamientos.

consiste en preguntarse qué estructura social existe, qué representaciones se ponen en juego en torno del fútbol que tantos niños quieren dedicarse a ser futbolistas. En ese sentido, el dato de que comienzan a los cinco años y de que nueve de diez tienen o tuvieron un familiar que intentó dedicarse -o lo consiguió- hace posar la mirada y preguntarnos por los modos en que se configura una estructura perceptiva, un sistema de clasificaciones (y será menéster que la etnografía exponga de qué imágenes está compuesto: ¿aspiraciones económicas? ¿imágenes de gloria deportiva? ¿deseos de fama?). La segunda pregunta consiste en observar la relación del ya jugador con la institución que lo cobija, lo promueve o lo “descarta” (los términos son míos), el proceso por el cual el joven se incorpora a una estructura compuesta por representaciones, clasificaciones, valores, imágenes que no necesariamente son las mismas que formaron su primera infancia. Y aquí también entra otro proceso central: su posible mercantilización, la evolución de su valor económico, el orgullo de valer dinero, de ser vendido.

Ambas preguntas están ligadas. En este ensayo decidí poner el foco en la primera de las dos preguntas, pero se verá que algunas de las preguntas y líneas de trabajo que van surgiendo corresponden a la segunda. No es representa conflicto porque lo que nos proponemos aquí es comenzar a buscar formas de abordar este proceso.

La constatación de que el inicio futbolístico se da a una edad tan temprana me llevó a indagar en los estudios sobre las formaciones discursivas surgidos a fines de la década del sesenta, que luego fueron agrupados bajo la noción de “Teorías de la reproducción”. Se trata de un conjunto de teorías que se preguntaron por la relación entre la estructura social y el individuo, y en primer término respondieron que se produce una incorporación material a la norma que propone la estructura a partir de un proceso inconsciente. Sin embargo, teorías posteriores comenzaron a relativizar y ampliar algunos de sus postulados. En este ensayo, entonces, me propongo observar sus aperturas, sus posibilidades, los matices entre diversos autores que la trabajaron y algunas críticas que posibilitan nuevos puntos de vista, para finalmente considerar todas en conjunto y tratar de rescatar aquellos elementos que se conviertan en nuestras primeras líneas de abordaje metodológico.

Todas las teorías de la reproducción parten de un punto común: el rechazo a la idea de que el individuo construye su percepción en la experiencia misma, de que es en su encuentro con el mundo donde le da forma y significación y que es un individuo libre de constreñimientos

estructurales. Frente a ella se apoyaron sobre la perspectiva estructuralista, aquella que postula que existe un sistema simbólico que viene “del pasado”, y que los modos de clasificar el mundo, de ordenarlo y categorizarlo que surge de dicho sistema es el que se pone en juego en el encuentro del individuo con su entorno. Existe una polémica no menor entre el “sociocentrismo” de Émile Durkheim y el simbolismo de Lévi-Strauss, pero en este ensayo no se abordará dicha cuestión porque ubicamos el punto de partida a fines de la década del sesenta. Sólo partiré de un breve párrafo de David Kertzer donde plantea una base general para nuestro abordaje:

“La realidad humana no es provista desde el nacimiento por el universo físico, sino que se va diseñando [fashioned] por los individuos a través de la cultura en la que nacen y las experiencias que tienen, experiencias que lo ponen en contacto con otras personas y con diversas formas de naturaleza. (...) Debemos ser selectivos en nuestras percepciones, y dichos aspectos del mundo que son seleccionados deben ser reducidos y reordenados en términos de algún sistema de simplificación o categorización que le dé sentido. El orden es provisto por el sistema de símbolos que aprendemos como miembros de nuestra cultura, un sistema que posibilita tanto la creatividad social como la idiosincrasia individual” (Kertzer 1988: 4)

En la década del setenta, autores como Louis Althusser, Michel Pêcheux o Michel Foucault pusieron en el centro del análisis la reproducción de las estructuras sociales a partir de relacionar la mirada psicoanalítica de Freud con una revisión del materialismo histórico. En línea marxista, Althusser plantea dos condiciones para la reproducción de la formación social: la reproducción de las fuerzas productivas (los medios de producción y la fuerza de trabajo) y de las relaciones de producción. En relación a la reproducción de la fuerza de trabajo, sostiene que implica no sólo la continuidad de su calificación sino “la reproducción de su sumisión a las reglas del orden establecido”. Esquemáticamente, el filósofo nacido en Argelia concibe a la sociedad a partir de la clásica metáfora del edificio, donde la “base” representaría el modo de producción económico y sobre ella se apoyaría la “superestructura”, que correspondería a dos dimensiones: la jurídico-política (“el derecho y el Estado” [1988: 4]) y la ideológica, a la que define como “las distintas ideologías, religiosa, moral, jurídica, política, etcétera” (ídem). La perspectiva que presenta en este artículo -luego la revisará<sup>4</sup>- consiste en que la economía determina “en última instancia” todo el edificio.

En paralelo, se propone ampliar la teoría marxista del Estado, que lo concibe como aparato represivo que le permitiría a las “clases dominantes”, asegurar su dominación sobre la clase

---

4 Un estudio de dicha revisión y del concepto de “sobredeterminación”, que implica que no hay nada en lo social que no pertenezca al orden simbólico, se puede encontrar en Laclau y Mouffe 2004 [1987].

obrero para someterla al proceso de apropiación de plusvalía<sup>5</sup>. Su aporte consiste en incorporar la noción de “Aparatos Ideológicos del Estado”, idea inspirada en Gramsci y que a diferencia del aparato represivo refiere a un conjunto de “instituciones” que pueden provenir del ámbito privado y que no funcionan mediante la violencia sino mediante la “ideología”.

¿A qué se refiere Althusser mediante este último concepto? A diferencia de la teoría marxista tradicional, que la concebía como “ilusión”, como un sueño que muestra la forma de mundo que la clase dominante pretende expresar, y sin historia propia porque es siempre producto del devenir histórico, él define a la ideología como “una 'representación' de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia” (1988: 18). Es decir, desde su punto de vista lo que se representa no son las condiciones de existencia de los hombres sino “la relación que existe entre ellos y las condiciones de existencia”. En segundo término, que las representaciones no tienen existencia ideal sino material, lo que implica que una creencia o ideología se traduce en comportamientos, en la participación de prácticas reguladas, en posturas. La dificultad de este planteo consiste en que incorpora la noción de “creencia”, que lo acerca a un acto decisorio, consciente, por parte del sujeto<sup>6</sup>. No obstante, esta frase implica que el sujeto no escapa a las prácticas materiales de la formación social a la que pertenece<sup>7</sup>, y que existe una estructura social que obliga a los sujetos a ser consecuentes con aquello en lo que dicen creer. Esto nos lleva a la noción de “instituciones”.

En la mirada althusseriana, el sistema de Iglesias, el escolar, la familia, los sindicatos, los medios de comunicación o los campos culturales y deportivos serían espacios de construcción de poder hegemónico, es decir por consenso, y aún en su diversidad y relativa autonomía

---

5 “...podemos decir que los clásicos del marxismo siempre han afirmado que: 1) el Estado es el aparato represivo de Estado; 2) se debe distinguir entre el poder de Estado y el aparato de Estado; 3) el objetivo de la lucha de clases concierne al poder de Estado y, en consecuencia, a la utilización del aparato de Estado por las clases (o alianza de clases o fracciones de clases) que tienen el poder de Estado en función de sus objetivos de clase y 4) el proletariado debe tomar el poder de Estado para destruir el aparato burgués existente, reemplazarlo en una primera etapa por un aparato de Estado completamente diferente, proletario, y elaborar en las etapas posteriores un proceso radical, el de la destrucción del Estado (fin del poder de Estado y de todo aparato de Estado).” (Althusser, 1988: 8)

6 “Comprobamos en todo este esquema que la representación ideológica de la ideología está obligada a reconocer que todo "sujeto" dotado de una "conciencia" y que cree en las "ideas" que su "conciencia" le inspira y acepta libremente, debe 'actuar según sus ideas', debe por lo tanto traducir en los actos de su práctica material sus propias ideas de sujeto libre. Si no lo hace, eso 'no está bien'. (1988: 20).

7 En página 21 afirma que “el sujeto actúa en la medida en que es actuado por el siguiente sistema (...): ideología existente en un aparato ideológico material que prescribe prácticas materiales reguladas por un ritual material, prácticas éstas que existen en los actos materiales de un sujeto que actúa con toda conciencia según su creencia”. (1988: la itálica me pertenece)

constituirían el soporte de la reproducción de las relaciones sociales de producción<sup>8</sup>. Son estos los “aparatos ideológicos del Estado”, que si bien no son represivos no dejan de estar subordinados a la “ideología dominante”, la que representa los intereses de la clase dominante. Una de las hipótesis centrales de este filósofo es que tras la revolución francesa, el ascenso de la burguesía y el proceso de secularización hubo un pasaje del aparato ideológico eclesial al escolar<sup>9</sup>.

A partir de la escolarización, cada individuo asumiría su lugar en la estructura social: los obreros y pequeños campesinos concurren a la fábrica al espacio rural; la futura clase media, a los trabajos en la burocracia y en el pequeño comercio; y los empresarios, militares y “profesionales de la ideología”, a sus respectivos roles. De modo que esta teoría, en primer término, propone que la estructura social condiciona trayectorias. No nos importa en este momento si es la base material la que propone biografías, tampoco si la escuela continúa siendo el Aparato Ideológico primordial cincuenta años después; menos aún, si es viable seguir pensando trayectorias estáticas y clasistas como las que propone Althusser<sup>10</sup>. Lo que nos importa y permite continuar indagando son dos factores: en primer término, que “la” (una) estructura social tiene carácter performativo, en el sentido de que condicionaría aspiraciones de vida posibles y no posibles, roles, formas de status, deseos... en resumen, formas de clasificación sobre sí mismos. En segundo lugar, que existe una estructura social que obliga a los sujetos a ser consecuentes con aquello en lo que dicen creer. Si el primero es relevante porque permite indagar en los motivos que llevan a los chicos a pensar en el fútbol como camino de aspiración social, el segundo lo es porque si ingresan a los centros de formación a los cinco años y allí atraviesan su infancia y adolescencia, es seguramente un espacio que desarrolla “creencias”, identificaciones, adscripciones y formas de categorizar el mundo. En consecuencia, a estos dos elementos nos vamos a referir a continuación.<sup>11</sup>

---

8 En la teoría marxista el concepto de “relaciones sociales de producción” hace referencia a las relaciones económicas que se establecen entre los hombres respecto de los medios de producción.

9 Así lo justifica: “Toma a su cargo a los niños de todas las clases sociales desde el jardín de infantes, y desde el jardín de infantes les inculca -con nuevos y viejos métodos, durante muchos años, precisamente aquellos en los que el niño, atrapado entre el aparato de Estado-familia y el aparato de Estado-escuela, es más vulnerable- “habilidades” recubiertas por la ideología dominante”. (1988: 14)

10 Como expondré más adelante, un primer acercamiento al campo expuso que los aspirantes a futbolista no provienen de un estrato socio-económico determinado sino que estos son sumamente diversos; y que si bien el éxito no depende únicamente del talento deportivo sino que se ponen en juego numerosos capitales, no es el capital económico lo que posibilita el objetivo de alcanzar la primera división.

11 Por otra parte, partir de los conceptos de “clase” o “sumisión” -nodales en la postura althusseriana- parece a priori difícil de sostener, pero su pertinencia deberá ser analizada mediante el trabajo etnográfico y un estudio

En la teoría althusseriana el sujeto es la contraparte de la estructura. Lo dice claramente: “la ideología sólo existe por el sujeto y para los sujetos” (ídem: 22). Es interesante incluso como paradoja, porque pocos párrafos antes proponía una mirada determinista en el recorrido que los individuos realizan a lo largo de sus vidas. ¿Cómo es posible que el sujeto sea central y a la vez esté conducido por la estructura? La respuesta es contundente: “toda ideología tiene por función (función que la define) la 'constitución' de los individuos concretos en sujetos” (ídem).

El mundo se hace evidente, reconocemos las clasificaciones como naturales o “transparentes” a partir de este proceso ideológico que Althusser denomina “función de reconocimiento” o “interpelación”. Pero al mismo tiempo allí encuentra el proceso por el cual el individuo pasa a reconocer su lugar en la estructura social. Este proceso comienza desde antes del nacimiento, en el modo en que su familia lo espera, en la portación del apellido paterno, en los rituales de crianza y educación familiares, y se sostiene sobre la creencia de que si realiza los rituales que su comunidad le tiene previstos y contempla la propia imagen presente y futura en la imagen ideal que construye la ideología, “todo estará bien”.

Gracias a este procedimiento de interpelación, sujeción y reconocimiento, el autor explica cómo es posible que existan “subjetividades libres” con iniciativa, y que al mismo tiempo y libremente se sometan y reproduzcan la estructura:

“los sujetos 'marchan', 'marchan solos' en la inmensa mayoría de los casos, con excepción de los "malos sujetos" que provocan la intervención ocasional de tal o cual destacamento del aparato (represivo) de Estado. Pero la inmensa mayoría de los (buenos) sujetos marchan bien “solos”, es decir con la ideología (...) Se insertan en las prácticas gobernadas por los rituales a los AIE. 'Reconocen' el estado de cosas existente (...) que se debe obedecer a Dios, a su conciencia, al cura, a de Gaulle, al patrón, al ingeniero, que se debe 'amar al prójimo como a sí mismo', etc”. (ídem: 27)

¿Cómo se produce esta sujeción? Para dar respuesta recurre a la lectura lacaniana de Freud, y lo primero que aborda es el “desconocimiento” de la formación de la estructura que gobierna al individuo, “la extraordinaria aventura que, desde el nacimiento a la liquidación del Edipo, transforma un animalito engendrado por un hombre y una mujer en una criatura humana” (1976: 22). La particularidad de la lectura lacaniana, aquello que recupera Althusser y que a nosotros interesa consiste en que el paso de la existencia biológica a la existencia humana “se opera bajo la Ley del Orden, que yo llamaré Ley de Cultura”. El pasaje consiste en dos etapas: la primera consiste en un momento dual, en la que el niño tiene una relación con la madre en la que no se distingue a sí mismo, y vive esta relación

siendo él mismo ese otro, la madre. La satisfacción llega en respuesta al pedido: el niño llora y la madre lo alimenta, lo limpia o lo acuna. La segunda etapa, el momento conocido como el Edipo, implica la incorporación del tercero, el padre, que al interrumpir la relación dual con la madre “introduce al niño en lo que Lacan llama el Orden Simbólico”, que le permitirá al pequeño adquirir identidad propia. Una identidad que surgirá a partir de la emulación de la figura paterna: para ser como él deberá conseguir su propia mujer.

La especificidad de esta concepción consiste en que para Lacan estos dos momentos están regidos por una única Ley, la de lo Simbólico, y esta ley es la de la norma humana, la que pone en el centro de la escena la clasificaciones: las formas de la higiene, los comportamientos aceptados, las formas de ser aceptado o rechazado... en resumen, el reconocimiento del individuo. La búsqueda de satisfacción, entonces, lleva en sí la marca de la Ley desde el nacimiento, Ley que es social antes que individual y que se “recibe” desde que se empieza a respirar. Llegamos así a otra categoría central: el deseo (que, en nuestro caso, hipotetizamos que consiste en la pretensión de ser futbolistas). Este deseo, según la lectura de Althusser sobre Lacan sólo es producto de la “estructura que gobierna el devenir humano (...) No se accede a la realidad específica del deseo partiendo de la necesidad orgánica, así como tampoco se accede a la realidad específica de la existencia histórica partiendo de la existencia biológica del hombre” (1976: 30, en nota al pie 6). El deseo no es orgánico, el deseo es de la estructura.

Inscrita en el inconsciente, la sociedad se manifiesta y se reproduce. Y el inconsciente, afirma Lacan, está estructurado como un lenguaje. Esto significa que opera bajo las dos leyes básicas -desplazamiento y condensación- y que para acceder a él es preciso ingresar en la “cadena significante”<sup>12</sup>. El autor que postuló la relación entre los fenómenos lingüísticos y los ideológicos fue Michel Pêcheux, quien sostuvo que el punto de anclaje de ambas era el “discurso”, entendido como uno de los aspectos materiales de la ideología.

Pêcheux, que partía de analizar relaciones políticas -específicamente, la lucha de clases<sup>13</sup>-

---

<sup>12</sup> Sigmund Freud explica el trabajo de condensación como la recuperación de *puntos nodales* donde se reúnen muchos otros pensamientos oníricos, y cada uno de estos puntos nodales es producto de múltiples pensamientos oníricos, es decir, está sobredeterminado: “toda la masa de pensamientos oníricos es sometida a una cierta elaboración después de la cual los elementos que tienen más y mejores apoyos son seleccionados para ingresar en el contenido onírico” (Freud 1978: 291). Respecto del trabajo de desplazamiento, menciona que “entre los pensamientos que el análisis saca a la luz hay muchos que están alejados del núcleo del sueño y que aparecen como interpolaciones artificiosas que persiguen cierto fin”; es decir que en el contenido manifiesto del sueño se harían presentes elementos que remiten a otros (ídem: 313)

<sup>13</sup> “En un momento histórico dado, las relaciones de clases (la lucha de clases) se caracterizan por el enfrentamiento, en el interior mismo de estos instrumentos, de posiciones políticas e ideológicas «que no son

postulaba que todo discurso se pronuncia a partir de “condiciones de producción dadas”, es decir que “está situado en el interior de una relación de fuerzas que existe entre los elementos antagonistas de un campo político dado” (1978: 41). Su sentido, en consecuencia, depende de dos elementos: de la posición del orador y de lo que este represente, y de los discursos previos. Esto significa que estos fenómenos no son integralmente lingüísticos y que los *organismos humanos individuales* [sic] “designan lugares determinados en la estructura de una formación social” (ídem: 48).

Esta corriente se torna central para el trabajo sobre la profesionalización de jugadores ya que plantea que quienes forman parte de un diálogo son lugares representados en los procesos discursivos en los que se ponen en juego formaciones imaginarias que designan lugares, posiciones que los sujetos representados “atribuyen cada uno a sí mismo y al otro, la imagen que ellos se hacen de su propio lugar y del lugar del otro” (ídem: 48)<sup>14</sup>. No es la instancia del diálogo lo que aquí nos interesa, sino la presunción de que el lugar que todo organismo humano ocupa en la formación social a la que pertenece es producto de una representación de sí mismo y que está en relación con las representaciones que otros de él o ella realizan. Pensar a los jugadores de esta manera implicaría, por ejemplo, indagar en el modo en que ellos son representados por sus familias, por los cuerpos técnicos, dirigentes, representantes comerciales y, finalmente, por ellos mismos: ¿desde dónde hablan? ¿de qué manera son hablados? ¿bajo qué nociones son interpelados, es decir, a qué responden? ¿Qué significantes hacen sentido?

Estas posiciones, en Pêcheux, son el producto de procesos discursivos anteriores y sedimentados, resultado de relaciones de poder. Específicamente, propone que toda formación discursiva depende de formaciones ideológicas (“un conjunto complejo de actitudes y de representaciones que no son ni «individuales» ni «universales», pero que se refieren más o menos directamente a posiciones de clase” [ídem: 233]) pero que “es imposible identificar ideología y discurso” (ídem), frases mediante las que expresa que si bien el proceso ideológico es colectivo y ligado a una clase, dicha posición de clase no puede determinar un discurso. Surge el mismo conflicto con la noción de clase que mencionábamos en Althusser: ¿cómo pensamos el proceso colectivo cuando los chicos provienen de numerosas partes del país y de diversas extracciones

---

cosa de individuos», sino que se organizan en formaciones que mantienen entre sí relaciones de antagonismo, de alianza o de dominación” (1978: 232).

14 Pêcheux propone cuatro preguntas cuya respuestas subyacen a la formación imaginaria: ¿Quién soy yo para hablarle así? ¿Quién es él para que yo le hable así? ¿Quién soy yo para que él me hable así? y ¿Quién es él para que me hable así?

socioeconómicas? ¿Es posible encontrar posiciones similares, formas en que los individuos son representados, aún ante tanta disparidad? He aquí uno de los desafíos de nuestra indagación.

Por su perspectiva política, para el filósofo francés el objeto de una sociología del discurso está ligado a observar las relaciones de fuerza y de sentido, comprender las variaciones del dominio<sup>15</sup>. Si bien esta concepción podría permitirnos pensar la hipótesis de las condiciones de producción dominantes al interior del fútbol, en este caso recuperaremos su noción de sujeto para complementar la perspectiva althusseriana que comentábamos. Al respecto, una definición central de su teoría plantea que los procesos discursivos no pueden tener su origen en el sujeto, pero que se realizan necesariamente en este mismo sujeto. El sujeto y la lengua, sostiene, son el lugar material donde se realizan estos “efectos de sentido”. Y el modo en que se materializa -y que puede ser útil de cara a la elaboración de una metodología- es la enunciación: es allí donde aparece la fuerza performativa del discurso, ya que se ponen en escena los límites de lo decible, aquello que puede decirse y aquello rechazado. Y sucede mediante un olvido: el sujeto ve en sí mismo la impresión de realidad de su pensamiento («yo sé lo que digo», «yo sé de lo que hablo»<sup>16</sup>) y no su arbitrariedad<sup>17</sup>. Por eso plantea que el rechazo es de naturaleza inconsciente, porque la ideología no tiene consciencia de sí misma:

“...solamente queremos señalar el hecho de que una formación discursiva está constituida, ribeteada por lo que le es exterior, es decir, por *lo que es ahí estrictamente informulable, ya que la determina*, y subrayar al mismo tiempo que esta exterioridad constitutiva no podría ser en ningún caso confundida con *el espacio subjetivo de la enunciación*, espacio imaginario que asegura al sujeto hablante sus *desplazamientos en el interior de lo reformulable*, de manera que incesantemente retorna sobre lo que formula, y se reconoce en ello en la relación reflexiva o preconscious con las palabras, que nos las hace aparecer como la expresión de las cosas” (ídem: 252).

Por el mismo camino se encuentra la obra de Michel Foucault, aunque pondremos el foco en sus puntos de disidencia. En 1970, cuando dictó la lección inaugural que luego se convertiría en *El Orden del Discurso*, compartía con Pêcheux la idea de que “la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos, que

---

15 El dominio lo asocia a la existencia de un “proceso de producción dominante”, y que a partir de su interacción con procesos secundarios condicionaría el desarrollo de secuencias discursivas concretas. De modo que aún cuando no existe una unidad orgánica discursiva, existirían dominios semánticos de los que las diferentes superficies discursivas serían síntoma y a los cuales harían referencia.

16 Op cit: 250.

17 Pêcheux no desconoce la posibilidad de tomar distancia del propio pensamiento: “...comprobamos que el sujeto *puede penetrar conscientemente* en la zona núm. 2 [aquella que refiere a este olvido] y que en realidad lo hace constantemente por una vuelta sobre sí mismo de su discurso, una anticipación de su efecto y haciéndose cargo del desfase que introduce en él el discurso del otro”. Por eso considera que esta enunciación es de tipo preconscious/consciente. (op cit: 251)

tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (1973: 11). Su foco de interés fue el poder, y si bien uno de sus ejes de trabajo son los procesos de exclusión y de prohibición, su perspectiva pone el foco en los procesos de formación de verdad y de saber: qué efectos de sentido circulan sobre los enunciados que dotan a algunos de valor de verdad, y cómo estos se construyen históricamente<sup>18</sup>.

Como también encontrábamos en Althusser, Foucault afirmaba en esa época que el discurso no es simplemente lo que manifiesta el deseo sino también el objeto de deseo, y es por eso que el discurso mismo no sólo es arena de lucha sino aquello por lo que se lucha, “aquel poder del que quiere uno adueñarse”. El tabú, la locura y los mecanismos de verdad aparecían entonces como sistemas de exclusión; el “comentario”, el “autor” y la “disciplina”<sup>19</sup>, como las formas en que se limita lo decible. Pero una tercera forma de control de los discursos era el control de los sujetos, eje de este segmento de nuestro recorrido: “nadie entrará en el orden del discurso si no satisface ciertas exigencias o si no está, de entrada, calificado para hacerlo”, definía aquel año (ídem: 32). Lejos del inconsciente, para Foucault dos son los modos de limitar los sujetos: los rituales -donde los individuos adquieren la posición desde la que hablan- y las doctrinas (religiosas, políticas, filosóficas...), que someten al sujeto a los discursos y los discursos, al grupo, y que como toda forma de educación sería un modo político de mantener o modificar su adecuación.

Siete años después, en una entrevista con Lucette Finas de 1977, profundizaba la misma idea:

“Lo que busco es intentar mostrar cómo las relaciones de poder pueden penetrar materialmente en el espesor mismo de los cuerpos sin tener incluso que ser sustituidos por la representación de los sujetos. Si el poder hace blanco en el cuerpo no es porque haya sido con anterioridad interiorizado en la conciencia de las gentes. Existe una red

---

18 Por este motivo propone la genealogía como método, definida como “una forma de historia que da cuenta de la constitución de los saberes, de los discursos, de los dominios de objeto, etc, sin tener que referirse a un sujeto que sea trascendente en relación al campo de los acontecimientos o que corre en su identidad vacía, a través de la historia” (1980: 181)

19 Por “comentario” Foucault se refiere a un conjunto de relatos que se cuentan y repiten, discursos que están en el origen de un numerosos otros discursos aún sin ser mencionados. Por “autor”, se refiere no al individuo que pronuncia o escribe un texto, sino al principio de agrupación del discurso, “unidad y origen de sus significaciones, como foco de coherencia” (1973: 24). Si el primero limita “el azar del discurso por medio del juego de una identidad que tendría la forma de la repetición y de o mismo”, y el principio del autor lo limita por “el juego de una identidad que tiene la forma de la individualidad y del yo”, la disciplina, último mecanismo, sería un ámbito de objetos, métodos, proposiciones consideradas como verdaderas; reglas y definiciones que se requieren para la construcción de nuevos significados, ya que impone exigencias a los discursos para pertenecer a la verdad.

de bio-poder, de somato-poder, que es al mismo tiempo una red a partir de la cual nace la sexualidad como fenómeno histórico y cultural en el interior de la cual nos reconocemos y nos perdemos a la vez” (1980: 156)

Si por bio-poder o somato-poder se refería a una tecnología que “gestiona la pena y domina el cuerpo”, una tecnología del poder que no excluye a la técnica disciplinaria sino que se articula con ella a partir de “agenciamientos”, arreglos concretos que son denominados “dispositivos” (Toscano López 2008), Foucault no sólo está proponiendo mirar al sujeto a partir de la corporalidad -no soslayemos que el mecanismo de control por excelencia desde su punto de vista es la sexualidad- sino también una ruptura con la idea de un poder centralizado y una clara distancia respecto de la noción de inconsciente. Así, postula que

“...entre un maestro y su alumno, entre el que sabe y el que no sabe, pasan relaciones de poder que no son la proyección pura y simple del gran poder del soberano sobre los individuos; son más bien el suelo movedizo y concreto sobre el que ese poder se incardina, las condiciones de posibilidad de su funcionamiento. (...) para que el Estado funcione como funciona es necesario que hay del hombre a la mujer o del adulto al niño relaciones de dominación bien específicas **que tienen su configuración propia y su relativa autonomía**”, afirma en la misma entrevista (1980: 157, el destacado me pertenece)<sup>20</sup>.

Foucault se opone entonces a una postura radical de la sujeción, donde el poder sería homogéneo, se aplicaría a todas las formas de sociedad, por igual en todos los niveles de sometimiento, y asumido y subjetivado completamente por parte de los individuos. No disiente con la idea de poder omnisciente (“no hay márgenes para la pirueta de los que están en ruptura”, afirma [1980: 170]) pero esto no significa que se esté completamente atrapado. A partir de ahí realiza una serie de proposiciones, entre las que destaco la idea de que las relaciones de poder están imbricadas en otros tipos de relación (de producción, de alianza, de familia, de sexualidad) donde juegan un papel a la vez condicionante y condicionado; que dichas relaciones no obedecen únicamente a la prohibición y el castigo sino que la dominación es multiforme y que no existen relaciones de poder sin resistencias.

---

<sup>20</sup> Es aún más explícito: “Pienso que conviene desconfiar de toda una temática de la representación que obstaculiza los análisis de poder, que consistió durante largo tiempo en preguntarse cómo las voluntades individuales podían estar representadas en la voluntad general (...) creo que el poder no se construye a partir de «voluntades», ni tampoco se deriva de intereses. El poder se construye y funciona a partir de poderes, de multitud de cuestiones y de efectos de poder. Es este dominio complejo el que hay que estudiar. Esto no quiere decir que el poder es independiente, y que se podría descifrar sin tener en cuenta el proceso económico y las relaciones de producción” (idem: 157). También se puede encontrar una postura al respecto en una entrevista con Shigehiko Hasumi, cuando puso el foco en la noción de “microluchas”: “una dominación de clase o una estructura de Estado sólo pueden funcionar bien si en la base existen esas pequeñas relaciones de poder (...) la estructura del Estado no lograría sujetar así, continuamente y como quien no quiere la cosa, a todos los individuos, si no se enraizara, si no utilizara, como una especie de gran estrategia, la totalidad de las pequeñas tácticas locales e individuales que envuelven a cada uno de nosotros”, sostuvo (Foucault 2012: 76)

Pero al mismo tiempo, para el filósofo francés el poder no es únicamente prohibición, rechazo, delimitación, censura, sino que tiene también fuerza performativa: “Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir” (1980: 182)

Si pensáramos su propuesta en términos metodológicos, podríamos apelar a los “cinco rasgos históricamente importantes” (ídem: 187) y pensar formas de abordaje: a partir de su propuesta de verdad centrada en la forma del discurso científico y en las instituciones que lo producen, preguntarnos qué discursos de verdad circulan entre los jugadores y de qué manera son producidos; a partir de la “constante incitación económica y política” que “somete” a dicha verdad, sin dudas indagaremos la relación entre el discurso y las relaciones económicas y de poder que se ponen en juego. En tercer término, Foucault sostiene que dicha verdad (en nuestro caso, a descubrir) “es objeto bajo formas diversas de una inmensa difusión y consumo -por tales se refiere a los aparatos de educación o de información- lo que nos obliga a llevar la mirada a la participación de los medios de comunicación en la construcción del fútbol. A continuación plantea que es “producida y transmitida bajo el control no exclusivo pero sí dominante de algunos grandes aparatos políticos o económicos”, lo que nos lleva a observar -en principio- los centros formativos de futbolistas. Finalmente, sostiene que dicha verdad “es el núcleo de la cuestión de todo un debate político y de todo un enfrentamiento social”, lo que nos llevaría a observar en qué términos se dan los debates en torno del fútbol, tanto en el plano massmediático como en el político.

Pero antes de arribar a estas conclusiones metodológicas indagemos un poco más. Las propuestas vistas hasta aquí abren tres caminos: la relación entre inconsciente y cuerpo; la pregunta por las posibilidades de salir de la sujeción -es decir, la noción de agencia- y la noción de instituciones, que aparece tanto en Althusser como en Foucault. No obstante, como a esta última la hemos abordado en un ensayo precedente (Czesli 2015a), en este caso pondremos el foco en las dos primeras.

De lunes a viernes, de 8:30 a 11 horas los chicos se entrenan. Comienzan con media hora de trabajos en gimnasio bajo la coordinación de un preparador físico ad hoc y realizan una

preparación específica para el juego que practican. A los 15 años el desarrollo corporal de un joven -la “osificación”, explican los preparadores- no está terminada. Eso genera que algunos de ellos midan más de 1,80 metros y ostenten una musculatura desarrollada y que otros apenas alcancen el 1,60 y sean flacos como un alambre. Sin embargo juegan y -sobre todo- compiten todos juntos. Los preparadores físicos y los técnicos saben que a los chicos “hay que esperarlos”, que quien hoy no expresa su plenitud mañana sí puede hacerlo, pero al mismo tiempo se debaten permanentemente “cuánto tiempo los esperamos”. En esos márgenes oscila la inversión económica del club.

En el campo de juego, a las 9 am comienzan los ejercicios con pelota. Hasta hace diez años la preparación física y la técnica se formaban por separado: un día correr diez kilómetros, al día siguiente práctica de fútbol. Al mismo tiempo la preparación física solía ser “estanca”: un rato de práctica de tiros libres, otro de *gambeta*, más tarde de tiros de esquina. Hoy ya no se entrena de esa manera: en Estudiantes de la Plata, el club estudiado, se aplican las ideas de la psicología ecológica de Allen Newell, que propone una ruptura respecto del dualismo cuerpo-mente y considera que el entorno es central al desempeño del deportista (Aviles y otros 2014). En consecuencia se llevan a cabo situaciones en las que deben practicar las distintas aristas del juego en movimiento, de manera espontánea, en competencia entre ellos mismos. A la par de los ejercicios los técnicos los observan y los estimulan: “No lo perdones” o “Atacalo, atacalo” son frases que fácilmente se pueden escuchar<sup>21</sup>, y que propician la agresividad tanto del delantero hacia el defensor como a la inversa: a través de la práctica deportiva, se puede ver, se manifiestan numerosos valores.

De modo que además de ser central a los procesos de sujeción a los que nos referíamos, en nuestro caso el cuerpo también es eje nodal porque el fútbol es antes que nada una práctica corporal y deportiva (y aún no nos preguntamos, dicho sea de paso, si el mercado internacional de jugadores no promueve una corporalidad específica a partir de la demanda de jugadores con un determinado biotipo). Para no perder el eje del presente ensayo sólo voy a mencionar dos: la foucaultiana y la bourdieuana, sencillamente porque ambas continúan pensando al sujeto a partir de la corporalidad.

Decíamos que el interés de Foucault estuvo centrado en el poder y los procesos de

---

21 Un saber corriente entre los técnicos es la idea de que la estimulación mediante “gritos” es necesaria para que los chicos no bajen su rendimiento. De hecho se propicia el desarrollo de líderes dentro del equipo para que en situaciones de partido estimulen a sus compañeros y que los jugadores se griten y alienten entre sí.

formación de verdad. Anticipábamos también que a diferencia de las miradas que ponen el foco en los procesos inconscientes postula que el poder “penetra” los cuerpos y que es en esa relación corporal que se produce la dominación. No nos vamos a detener en la distancia que establece entre cuerpo y representaciones<sup>22</sup> sino a exponer el modo en el que el cuerpo es central en su teoría, y al respecto propone específicamente que son la gimnasia, los ejercicios, el desarrollo muscular, la desnudez, las concepciones de belleza corporal y de salud los elementos mediante los cuales el poder se ejerce. Se pregunta además qué tipo de cuerpos necesita la sociedad capitalista a la que pertenecía, y responde que -contra lo que podía pensarse- no eran necesarias estructuras corporales “pesadas”, “macizas”, “constante” como los disciplinamientos de las escuelas, los hospitales, los talleres o el ejército sino que dicho poder podía ser más relajado, y que los controles sobre, por ejemplo, la sexualidad podían adoptar otras formas.

Propone entonces dos cuestiones: en primer término, que no hay introducción del poder sobre el cuerpo que no genere una resistencia (“emerge inevitablemente la reivindicación del cuerpo contra el poder, la salud contra la economía, el placer contra las normas morales de la sexualidad, del matrimonio, del pudor” [1980: 104]). En segundo término, que ante la sublevación el poder no se ejerce mediante coerción sino a través de la estimulación. En el caso que él trabaja, el poder responde “por medio de una explotación económica (y quizás ideológica) de la erotización, desde los productos de bronceado hasta las películas porno... En respuesta también a la sublevación del cuerpo, encontraréis una nueva inversión que no se presenta ya bajo la forma de control- represión, sino bajo la de control-estimulación: «¡Ponte desnudo... pero sé delgado, hermoso, bronceado!»” (ídem: 105).

El concepto clave es “el cuerpo dócil”, “un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado” (1980: 140). Si bien concede que en toda sociedad el cuerpo es objeto de poderes, existe una serie de particularidades en el proceso que se lleva a cabo desde el siglo XVIII. En primer término se refiere a “la escala de control”, que

---

<sup>22</sup> Es interesante la división tajante entre cuerpo y representaciones que expone, una separación que no necesariamente es tal. Parece sencillo pensar que no hay cuerpo que no esté representado, ni representación que no tenga anclaje material. Pero para el filósofo francés existen diversos niveles sobre los que opera el poder: cuando en “Verdad y Poder” debate su relación con el estructuralismo -opuesta, porque implicaría la negación del suceso- plantea que “no hay que referirse al gran modelo de la lengua y de los signos, sino al de la guerra y de la batalla. La historicidad que nos arrastra y nos determina es belicosa; no es habladora. Relación de poder, no relación de sentido. La historia no tiene «sentido», lo que no quiere decir que sea absurda e incoherente” (1980: 179). A partir de ahí argumenta que la semiología es una manera de esquivar el carácter “violento, sangrante, mortal, reduciéndolo a la forma apacible y platónica del lenguaje y del diálogo” (ídem). Tampoco desde el punto de vista político parecen excluyentes las dos dimensiones.

implica que el cuerpo no es una unidad indisociable sino que es trabajado en sus partes, “de ejercer sobre él una coerción débil, de asegurar presas al nivel mismo de la mecánica: movimientos, gestos, actitudes, rapidez; poder infinitesimal sobre el cuerpo activo” (ídem). Por eso habla de una “microfísica del poder”, porque es en esos pequeños detalles o “acondicionamientos” que los dispositivos producen las coerciones.

El foco de este movimiento de poder sería ya no el resultado sino la atención al proceso, un control minucioso y permanente sobre sus operaciones. A diferencia de la esclavitud, no implica una apropiación de los cuerpos; a diferencia de la domesticidad, no implica una dominación bajo la voluntad de un amo; a diferencia del vasallaje, no implica una sumisión codificada; lo mismo con el ascetismo, de la que se diferencia porque no busca el dominio de cada cual sobre su propio cuerpo.

La “disciplina” -el conjunto de métodos de control y sujeción de la modernidad- opera en términos de incrementar “la fuerza del cuerpo (en términos de utilidad), pero disminuye las mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia)” (ídem: 141). Para llevarlo a cabo implementa diversas tácticas, de las que destacaré algunas que considero pertinentes porque posibilitan pensar el modo en que el centro formativo establece limitaciones a los cuerpos de los jugadores. En primer término “la clausura”, los espacios cerrados y protegidos, referencia a la que puede corresponder el Centro de Formación, su pensión y las habitaciones<sup>23</sup>; en segundo lugar la división del espacio en zonas y la asignación a cada individuo de un espacio para “anular los efectos de las distribuciones indecisas, la desaparición incontrolada de los individuos, su circulación difusa, el vagabundeo (ídem: 146); tercero, el establecimiento de un “rango”, el lugar que se ocupa en una clasificación -y aquí no podemos olvidar las diferencias que la institución establece entre los jugadores de un mismo equipo, como aquellos que pertenecen al primer y al segundo equipo, o aquellos que tienen un lugar en la pensión y los que no. Esta jerarquía tiene

---

23 Sin pretender caer en deducciones anticipadas es inevitable remitirse a la política de Estudiantes, que en los últimos dos años decidió incrementar el tiempo que los chicos pasan en el club: no sólo ingresan a la 8:30 (el 25 por ciento de los jugadores vive en la pensión que está en el mismo predio) sino que tras la práctica almuerzan en las instalaciones con una alimentación provista por la institución y luego, desde hace dos años, concurren a la escuela secundaria que se encuentra también en el interior del predio, a menos de doscientos metros del campo de juego donde practican. Aquellos que vuelven a sus casas lo hacen recién a las seis de la tarde. Desde el club esto tiene dos explicaciones: por un lado, incrementar el control sobre los jóvenes, evitar que se queden sin hacer nada durante la tarde (o, peor aún, que las pasaran con los amigos del barrio, quizás tomando cerveza, quizás fumando marihuana, incluso peor, saliendo a robar); en segundo término, brindarles una educación porque “a las familias les sacamos un jugador y no les podemos devolver un burro” (testimonio del coordinador general), en referencia a que aquellos que no alcanzan la primera división no pueden volver a sus pueblos sin una base elemental de conocimientos que les permita conseguir un trabajo.

repercusiones materiales ya que aquellos que se destacan accedan a beneficios como la posibilidad de no pagar un alojamiento, algo que en muchos casos puede determinar la continuidad de la carrera.

Las disciplinas implican también el establecimiento de una temporalidad. En el estudio de Foucault es una temporalidad estricta, de cuartos de hora, minutos y segundos, bajo la concepción de que “en el buen empleo del cuerpo, que permite un buen empleo del tiempo, nada debe permanecer ocioso o inútil” (ídem; 156). Si nos guiáramos por esta concepción se hace difícil pensar la práctica deportiva, ya que si bien los ejercicios físicos tienen una temporalidad (series de seis, diez, quince minutos en función de su intensidad, por ejemplo), aún cuando progresivamente se van incorporando nuevas tecnologías estos nuevos sistemas aún no tocan el tiempo: no se miden los segundos de reacción, de decisión, de resolución de jugadas (como quizás sí se podría observar en el fútbol americano); no se obliga a los chicos a un horario de sueño -aunque aquellos que están en la pensión tienen todo un sistema de observación que los condiciona<sup>24</sup>. Sucede algo similar con “la articulación cuerpo-objeto”, que Foucault propone como cuidadosamente definida, con movimientos compartimentados y estudiados para alcanzar el máximo beneficio: si decíamos pocas líneas atrás que la concepción biomotriz implica poner al jugador en contextos similares a los de partido para que la práctica de remate, pase, protección del balón o cualquiera de las aristas que hacen al juego no se realice en un contexto “artificial”, se podrá rápidamente observar que se procura generar fluidez y no segmentación, y un desarrollo personal de cada uno de los movimientos (que cada jugador resuelva la jugada a su manera y no mediante mecanismos predeterminados y que deberían aplicar todos por igual). Pero no se trata aquí de observar la proximidad o no de las teorías con lo que se ha observado sino de confirmar que el centro de formación lleva a cabo de una manera u otra una propuesta corporal que impacta sobre la constitución de los sujetos, que propone valores y representaciones, y que conlleva una forma de jugar determinada.

Distinta es la perspectiva del cuerpo que observa Pierre Bourdieu, un autor capital que se

---

24 En la primera división se empiezan a utilizar navegadores satelitales para observar los metros recorridos por jugador o los movimientos de las líneas de juego. En las fuerzas básicas se han incorporado dos sistemas: uno de autoevaluación por parte del jugador, que debe expresar todos los días su nivel de cansancio físico. Eso les permite a los preparadores físicos ajustar el entrenamiento para no sobreexigirlos. Pero lo más interesante es un sistema de compartimentación del desempeño, mediante el cual los técnicos deben calificar a los jugadores en todas las áreas de desempeño, desde las técnicas (remate con ambas piernas, dominio del balón, cabezazo, hasta las que corresponden a la personalidad: capacidad de liderazgo, autosuperación, fortaleza mental, concentración, capacidad estratégica, etc). A partir de estos elementos el cuerpo técnico pretende contar con elementos concluyentes que le permita decidir por qué jugadores apuestan.

propone sintetizar las posturas objetivistas -aquellas que como en Saussure, Levi-strauss o Althusser privilegian el sistema simbólico sobre la actividad humana- y las subjetivistas, que proponen un individuo cognoscente libre, que se enfrenta al mundo y lo construye a cada momento. Frente a ambas, con la publicación en 1980 de *El sentido práctico* se propuso buscar “el principio de las prácticas en la relación entre constricciones externas que dejan un margen muy variable a la elección y disposiciones que son el producto de procesos económicos y sociales casi completamente irreductibles a esas coerciones puntualmente definidas” (2010: 82)

En esta perspectiva el mundo social no es únicamente una representación y las prácticas ejecuciones de partituras previas. Los objetos de conocimiento son construidos, sostiene, pero al mismo tiempo esto no significa que sea una construcción libre de constricciones, ya que su principio es “el sistema de las disposiciones estructuradas y estructurantes que se constituye en la práctica, y que está siempre orientado hacia funciones prácticas”. Se puede observar que hay tres conceptos centrales: las prácticas, las disposiciones, y el que conjuga todo: el habitus. El sociólogo francés lo define de la siguiente manera:

“Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen *habitus*, sistemas de *disposiciones* duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente 'reguladas' y 'regulares' sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (2010: 86).

Bourdieu concede que el mundo se presenta como natural y necesario, pero esto se produce porque las regularidades (y no reglas) “están en el principio de los esquemas de percepción y de apreciación a través de los cuales son aprehendidas” (ídem: 87). Esas regularidades, disposiciones, propensiones a la práctica, surgen de condiciones de existencia, de las libertades y las necesidades, las facilidades, los impedimentos. Todos esos elementos del pasado, sedimentados (“ley interior”, define en página 89), condicionan las prácticas, definen lo posible y lo imposible, lo pensable e impensable, dan forma a marcos de realidad e irrealidad. El habitus, producto de la historia, “hipótesis prácticas fundadas en la experiencia pasada” (ídem: 88) da origen a prácticas individuales y colectivas, posibilita la reproducción y al mismo tiempo la transformación porque no solamente genera continuidades sino que se adapta a las situaciones nuevas para cumplir “las antiguas funciones” (ídem: 89): “Si la génesis del sistema de las obras o

de las prácticas engendradas por el mismo habitus (...) no puede describirse ni como desarrollo autónomo de una esencia única y siempre idéntica a sí misma, ni como continua creación de novedad, es porque ella se realiza en y por la confrontación a la vez necesaria e imprevisible del habitus con el acontecimiento...” (ídem: 90).

La aparente perspectiva mentalista de lo hasta aquí referido -aún cuando la práctica aparece en el centro de la escena sería producto de los esquemas de percepción- parece encontrar su techo cuando Bourdieu explica la dimensión corporal en su teoría. El habitus es en primer término definido como “un estado de cuerpo”, en oposición a las ideas de “estado de alma” o de “adhesión decisoria a un cuerpo de dogmas y de doctrinas instituidas” (ídem: 111). Y esto implicaría que es a partir de ese sentido práctico que el cuerpo adquiere “esquemas motrices y automatismos corporales” y que posibilita que luego tales prácticas sean sensatas. “Todos los órdenes sociales”, añade, “sacan partido sistemáticamente de la disposición del cuerpo y del lenguaje para funcionar como depósitos de pensamientos diferentes, que podrán ser detonados a distancia y con efecto retardado, por el solo hecho de volver a colocar al cuerpo en una postura global apropiada para *evocar* los sentimientos y los pensamientos que le están asociados...” La eficacia simbólica entonces es producto de la apelación al poder que otorga sobre los cuerpos y las creencias, sobre la afectividad o la expresión corporal.

Casi en línea con la idea de disciplina de Foucault, para Bourdieu es posible “inculcar toda una cosmología, una ética, una metafísica, una política, a través de mandatos tan insignificantes como 'estate derecho' o 'no sostengas el cuchillo en la mano izquierda'...”. (ídem: 112) Esto significa que a partir de detalles sobre la postura corporal, las maneras corporales o la forma del vestir se inscribiría la arbitrariedad cultural sin tener que apelar a la conciencia o a la explicitación. No obstante, se opone a la mirada de Pêcheux sobre el cuerpo representado, producido y devuelto por otros, porque en Bourdieu todos los esquemas de percepción se interponen entre el individuo y su cuerpo. Sucede lo mismo con la temporalidad: el control del tiempo a través de ritmos de gestos, de palabras, de momentos específicos para hacer tal o cual cosa, generan una relación vívida con el mundo y contribuyen a formar algunos tipos de vida y no otros. Finalmente, y casi en línea con Durkheim, propone que “Es todo el grupo el que se interpone entre el niño y el mundo, no solamente por medio de sus advertencias (warnings) adecuadas para inculcar el temor a los peligros sobrenaturales, sino a través de todo el universo de prácticas rituales y discursos que lo pueblan de significaciones estructuradas conforme a los

principios del habitus adecuado” (ídem: 124). Para concluir las referencias al cuerpo en Bourdieu, mencionemos una última sentencia: el mundo de los objetos “se lee con todo el cuerpo, en y por los movimientos y los desplazamientos que hacen el espacio de los objetos tanto como son hechos por él” (ídem).

Es claro su intento por conjugar las teorías pasadas, el estructuralismo y la fenomenología, el materialismo y el inconsciente. Pensar el fútbol a partir de la noción de habitus nos puede generar nuevas preguntas pero también algunas limitaciones. La fuerte tendencia en los jugadores de fuerzas básicas argentinas a tener un referente adulto varón que se dedicó al fútbol -en la introducción mencionábamos que las entrevistas preliminares expusieron que apareció en el 90 por ciento de los casos- pondría en primer plano la posibilidad de que “el pasado” opere en el presente de los jugadores. Sin dudas el primero de los dos problemas que en un inicio planteamos -qué estructura social genera representaciones en torno del fútbol tales que tantos niños quieren dedicarse a ser futbolistas- puede ser abordada a partir de las indagaciones en aquellas condiciones de existencia que dan origen al habitus. La dificultad, sin embargo, surge por la fuerte presencia de lo material en su teoría, y si con Althusser y Pêcheux nos preguntábamos por la clase, aquí debemos pensar cómo opera el habitus si en el mismo equipo conviven y compiten un chico de origen humilde de la ciudad de General Roca, provincia de Río Negro, que a los trece años dejó a su familia, y el hijo del Intendente<sup>25</sup> de la Ciudad de la Plata. Sin dudas el segundo cuenta con muchos más recursos en caso de que no alcance la Primera División<sup>26</sup>, pero lo que aquí nos importa es que si en el “juego” del fútbol<sup>27</sup> “se nace”<sup>28</sup>, si el habitus está incorporado, sedimentado, lo particular del caso es que en Argentina se hace presente más allá de las

---

25 En Argentina un intendente corresponde a un gobernador de ciudad.

26 También podría implicar más recursos para llegar a primera, pero la etnografía no ofreció elementos contundentes.

27 Bourdieu propone la metáfora del “juego” para referirse al “campo”, un concepto mediante el cual procura explicar la acción colectiva y los procesos de transformación. Una comparación entre dicha perspectiva y la propuesta por Victor Turner para el mismo término se puede encontrar en Czesli 2015b.

28 “...en el caso de los campos sociales que, siendo el producto de un largo y lento proceso de autonomización, son, si puede decirse así, juegos en sí y no para sí, no se entra en el juego por un acto consciente, se nace en el juego, con el juego, y la relación de creencia, de *illusio*, de inversión es tanto más total, incondicional, cuanto se ignora como tal. La frase de Paul Claudel, “conocer es nacer con” [‘connaitre, c’est naître avec’] se aplica plenamente aquí, y el largo proceso dialéctico, a menudo descrito como ‘vocación’ por el cual ‘uno se hace’ a aquello por lo cual uno es hecho y uno ‘elige’ aquello por lo que uno es ‘elegido’, y al término del cual los diferentes campos se aseguran los agentes dotados del habitus necesario para su buen funcionamiento, es al aprendizaje de un juego, aproximadamente, lo que la adquisición de la lengua materna es al aprendizaje de una lengua extranjera...” (ídem: 108).

condiciones materiales en la que los chicos nacen<sup>29</sup>. De modo que hay ahí un nicho a ser estudiado. Una vía a indagar es aquella que recupera Néstor García Canclini en su lectura de Bourdieu, cuando observa que en el sociólogo francés la clase social “no puede ser definida por una sola variable o propiedad (ni siquiera la más determinante: 'el volumen y la estructura del capital'), ni por 'una suma de propiedades' (origen social + ingresos + nivel de instrucción), 'sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes que confiere a cada una de ellas y a los efectos que ella ejerce sobre las prácticas su valor propio'” (1990: 15). En segundo término, su observación de pensar la categoría de clase no solamente a partir de las condiciones de producción -aún cuando concede la impronta de la producción en el sociólogo francés- sino la del consumo.

En este sentido, es ampliamente factible pensar que el consumo mediático de fútbol atraviese estratos sociales de diverso poder adquisitivo<sup>30</sup>, aunque para abordar esta hipótesis sería necesario definir si existen otros actores que promueven representaciones en torno del fútbol. Esto implicaría pensar si el fútbol está generando una ruptura en la idea de Bourdieu de tres modos de producción diferenciados (burgués, medio y popular, cada uno con públicos, tipo de obras e ideologías político estéticas propias) y en la idea de distribución desigual de bienes materiales y simbólicos.

La propuesta del sociólogo francés sobre un individuo que construye su accionar aún a partir de disposiciones estructuradas nos permite ingresar en la noción de agencia. En la década del ochenta, el otro autor que junto con Bourdieu buscó un punto de mediación entre las teorías de la determinación y las del subjetivismo fue Anthony Giddens con su teoría de la estructuración. Su idea central consiste en proponer que los actores tienen capacidad de “hacer cosas”, eventos en los cuales un individuo es un autor porque podría haber actuado de manera diferente” (1995: 49). Esto no significa necesariamente que el individuo opere a partir de intenciones sino su capacidad de hacerlo, de operar. Y no implica intenciones porque las acciones no necesariamente se condicen con lo que efectivamente se hace y, en segundo lugar, porque si bien sólo excepcionalmente se preguntan las razones o intenciones de su conducta, sí mantienen

---

29 Ejemplos distintos los podemos encontrar en el boxeo -fuertemente arraigado en sectores populares- o en el automovilismo -cuya pertenencia está ligada al interior del país en oposición a los núcleos urbanos.

30 Un informe de la Agencia de Noticias Télam indica que el 85 por ciento de la población argentina está suscripta a televisión paga, aquella que permite tener acceso a los certámenes de las ligas europeas y latinoamericanas. En el caso del fútbol argentino no podemos dejar de lado el plan de gobierno “Fútbol para Todos”, que desde 2009 ofrece por la televisión pública abierta todos los partidos de la Primera División local.

una comprensión respecto de sus actos.

A esto lo denomina una “conciencia práctica”: el modo en que los actores *saben* cómo operar en la vida cotidiana. En consecuencia, si como en Bourdieu el foco también está puesto en las prácticas y la acción no se trataría de una experiencia individual sino prácticas sociales ordenadas en el tiempo y en el espacio, la diferencia pasa por el “saber”, la comprensión respecto de su accionar. En su teoría, la acción es pensada desde una óptica dinámica -es decir, no una sumatoria de acciones individuales- y argumentar que las actividades sociales “son recursivas”, idea que define de la siguiente manera:

“Equivale a decir que actores sociales no les dan nacimiento sino que las recrean de continuo a través de los mismos medios por los cuales ellos se expresan en tanto actores. En sus actividades, y por ellas, los agentes reproducen las condiciones que hacen posibles esas actividades” (1995: 40).

Esta acción social es “estratificada” en Giddens en tres procesos conjuntos: en primer término, el autoregistro, proceso que consiste en un monitoreo reflexivo “rutinario” sobre sí mismo, sus actividades y la de sus entornos y contextos<sup>31</sup>. Esto implica una “racionalización”, la comprensión de sus actividades aún cuando no sean cuestionadas, la posibilidad de explicar por qué actúan como lo hacen. Finalmente, estos dos elementos hacen referencia a la intencionalidad, entendida como el dominio exitoso y continuo del actor sobre su propia actividad en la vida, la aplicación de conocimientos para obtener ciertos resultados<sup>32</sup>. Pese a esto, y si bien trabaja a partir de las teorías de la reproducción, también plantea la posibilidad de lo inesperado, lo inadvertido o imprevisible de las acciones que se llevan a cabo. De hecho, su teoría de la agencia sostiene la posibilidad del actor de transformar, pero no necesariamente implica una consecución entre su intención de cambio y el resultado final, que puede ser completamente aleatorio.

De modo que en relación a la teoría bourdieuana y en lo que concierne a nuestro abordaje, un aporte importante consiste en la conciencia del individuo respecto de su acción, algo que en todos los autores hasta aquí vistos aparecía como una relación de desconocimiento, ya fuera producto de disposiciones corporales, de posiciones representadas, de situaciones de poder o del inconsciente. Estos conceptos no están ausentes, pero aparecen reformulados: la noción de poder,

---

31 La noción de contexto en Giddens refiere a “los límites espacio-temporales”, a la presencia de otros actores que hacen posible la visibilidad de la gestualidad y de la comunicación lingüística y de otras índoles, y la conciencia de dicho fenómeno para controlar el flujo de la interacción (Fonseca 1993: 105)

32 En este punto se distancia claramente de la noción de estrategia en Bourdieu, entendida como “una estimación de oportunidades que suponen la transformación del efecto pasado en objetivo que se da por descontado (...) se definen, por fuera de todo cálculo, con relación a potencialidades objetivas, inscritas de manera inmediata en el presente...” (2010: 87)

como capacidad transformadora, la capacidad para generar alteraciones en una situación determinada; y la de inconsciente, como una de las limitaciones a las prácticas conscientes junto con los imponderables que surgen de la acción misma.

Ahora bien, esta perspectiva también implica una relación entre estructura e individuo, donde lo central es el rechazo a la dualidad y la separación tajante, como si la primera fuera externa a la acción del segundo. Este es el segundo aporte central de su teoría, la idea de estructura como “totalidad ausente” que le permite postular que en este *continuum* de acciones el momento de producción de la acción es también un momento de reproducción de la estructura y, sobre todo, de las condiciones que la hacen posible, pero con el foco puesto en el sujeto. Es decir, ya no se trata de pensar cómo el sujeto es afectado sino en cómo opera en ese contexto.

Aquí también propone una estratificación: los “principios estructurales” serían aquellas propiedades generales que actúan sobre la reproducción de la sociedad en general, aquellas que le dan solidez a través del tiempo y el espacio; las “instituciones”, aquellas prácticas que operan dentro de las totalidades; en tercer término, la noción de “reglas” como procedimientos generalizables que establecen la reproducción de las prácticas sociales. Y es aquí donde reaparece la noción de “rutinas”, asociadas a la necesidad de “seguridad ontológica”. Enraizadas en las tradiciones, las costumbres o los hábitos, son espacios centrales en los que se produce la reproducción de la sociedad: “Un sentimiento de confianza en la continuidad del mundo de los objetos y en el tejido de la actividad social [que] depende de lazos particulares e identificables entre el agente individual y los contextos sociales en los que este agente opera en la vida de todos los días” (1995: 109), define.

Totalidad ausente, la estructura se hace presente como reglas, como instituciones, como principio estructural de los sistemas sociales: “«Estructura» denota no sólo reglas implícitas en la producción y reproducción de sistemas sociales, sino también recursos (...) Los aspectos más importantes de estructura son reglas y recursos envueltos recursivamente en instituciones”, añade (ídem: 60). Las prácticas entonces también están relacionadas con los recursos, y es aquí donde aparecen las limitaciones de la práctica, las coerciones, porque son los medios por los cuales el poder es empleado en el curso de la acción social. Menciona dos: los de asignación, ligados a los medios materiales, y los de autoridad, referidos al dominio sobre los humanos, pero no observa un rol determinista (la clásica “base”) de los recursos de asignación sino que operan contextualmente en las conductas cotidianas. En resumen, bajo el contexto de la estructura así

entendida, los agentes accionan. Lo hacen con el conocimiento de “cómo tienen que ser las cosas”, con capacidad de producción y sobre prácticas sociales que a partir de ese conocimiento son recursivas.

## Hacia un mapa analítico

*si pudiera darle a las palabras la forma  
de las curvas en las hojas*

*tal vez dejaría de sentir el tirón  
de lo que es arrancado antes de caer*

*Victoria Schcolnik, El Refugio*

Comenzamos nuestro recorrido con una breve cita de Michel Foucault en la que anhela haber sabido de la voz que lo precede, una metáfora de su posición como sujeto constreñido a la estructura social, una voz que se le presenta sin nombre ni identidad. Veintitantas páginas después la conclusión inicia radicalmente distinto, con el anhelo de cambiar la forma de las palabras, darle no un significado sino otorgarles la sensación para de esa manera quitársela de sí. Un anhelo: sabe que pese a todo no puede. Entre esas orillas oscilan las líneas que hasta aquí llevamos adelante, en el intento de comenzar a comprender el devenir y el accionar de los jugadores de fútbol desde que nacen.

A lo largo de estas no he puesto a debatir a los autores entre sí. No es que no considere adecuado hacerlo sino que llevar dicha tarea a la práctica implica una lectura verdaderamente profunda de cada uno de ellos, que contemple sus propios diálogos con sus antecesores, sus premisas, sus etnografías, la cadena argumentativa que los llevó a elaborar sus posturas. Tampoco tiene sentido a priori optar por una u otra: será la etnografía y sus preguntas la que nos indique qué corriente permite explicar las observaciones. En consecuencia, lejos de ofrecer conclusiones contundentes en lo que continúa procuraré condensar aquellos elementos que nos permitan establecer un mapa de acción, ejes de abordaje e elementos a indagar.

- **La dimensión material:** Aún si partimos de rechazar la idea de “determinación en última instancia” de Althusser y nos inclinamos por pensar los procesos económicos en términos simbólicos, es imposible soslayar que el proceso de incorporación al fútbol y posterior formación de jugadores se da en un contexto social (o muchos), y que los actores tienen representaciones de dicho entorno y actúan en consecuencia. Las primeras teorías de la reproducción han coincidido en la necesidad del poder dominante de asegurar la

continuidad del sistema; y quizá no podamos a esta altura de nuestra investigación postular que los jugadores “marchen solos” en pos de la reproducción del capitalismo, pero tampoco podemos olvidar que el proceso de profesionalización implica su incorporación en una estructura del espectáculo multimillonaria, y que ellos mismos pasan a tener un “valor económico” en función de su colaboración con dicha estructura económica. De modo que deberemos analizar la relación que ellos establecen con el proceso de incorporación y de resistencia a ese sistema. En términos de Giddens, esto implica pensar las prácticas en relación con los recursos, tanto los materiales como los “de autoridad”, ligados a las relaciones de dominio con otros humanos.

- **El deseo:** La estructura en Althusser o el poder en Foucault no tienen exclusivamente un carácter coercitivo, limitante o punitivo sino que también es performativo e inaugura formas de deseo, de placer, de saber. Presupongo que es esta una categoría central porque los duros entrenamientos, el abandono de las familias o de la vida social, soportar altas presiones aún a corta edad, todo eso se sostiene a partir del deseo de “llegar a primera” por parte de los jóvenes. Encontramos en Lacan que el deseo no es una categoría individual sino que está ligada a procesos a través de los cuales el individuo “contempla la propia imagen presente y futura en la imagen ideal que construye la ideología”, y que si sigue esa imagen “todo estará bien”. Esto lleva a observar dos elementos: las representaciones sociales (¿massmediáticas quizás?) y los efectos de sentido respecto del fútbol, y la construcción del jugador de fútbol como un ideal a seguir, en parte como producto de la emulación de la imagen paterna; y el deseo de las familias de los jugadores. A partir de allí, una línea posible de análisis sería la búsqueda de satisfacción personal a partir de reconocerse en (y satisfacer) la mirada social que hace del jugador de fútbol un símbolo de status.
- **La corporalidad y las representaciones en torno de los jugadores:** Utilizamos los dos términos pero -a diferencia de la mirada foucaultiana- ambos podrían estar agrupados bajo la categoría de representación, ya que podemos correrlos de la idea de materialidad escindida de lo simbólico. Como expresábamos en la página 10 en torno de la mirada de Pêcheux, por representaciones nos referimos al modo en que son categorizados, interpelados, posicionados los niños-jugadores-profesionales por parte de sus familias, por parte del cuerpo técnico, preparadores físicos y otros actores del club, y el modo en que

los jugadores se conciben a sí mismos. Si tomáramos como vía de análisis la perspectiva foucaultiana diremos que el desarrollo corporal que se propicia en la institución deportiva y la incorporación -o no- de los valores que el cuerpo técnico propone a través de la actividad deportiva hacen de la dimensión física un eje nodal de abordaje, aún cuando la experiencia hasta aquí realizada no indique un cuerpo segmentado y con movimientos compartimentados. En principio aquí nos ubicaremos más cerca de Bourdieu, ya que su afirmación de que es posible inculcar una cosmología a través de mandatos con “estate derecho” o “no sostengas el cuchillo en la mano izquierda” nos permite preguntarnos si a través de una propuesta de juego determinada -un estilo, un modo de reacción, el dinamismo permanente, el juego asociado- se está promoviendo un sistema de representaciones con una cierta lógica interna: una cosmovisión, una cultura. Asimismo, pensar el cuerpo desde Bourdieu nos debe llevar a indagar en las condiciones que generaron los esquemas perceptivos. Ahora bien, ¿es exclusivamente la materialidad pasada la que genera las condiciones materiales de existencia que los hacen jugadores? ¿Todo lo que sucede a partir de ahí debe ser pensado como confrontación del habitus con el acontecimiento? La misma pregunta se aplica a las otras teorías: ¿es la resolución primaria del Edipo lo que marca la pauta del devenir futbolista? ¿El cuerpo representado y los esquemas perceptivos se instaura de una vez y para siempre? ¿Qué transformaciones se producen en el sistema simbólico? La hipótesis de partida estará en línea con la propuesta de Giddens en lo concerniente a la acción como reproducción y transformación de la estructura, lo que nos lleva a una mirada procesual.

- **Los rituales:** Tanto en Althusser como en Foucault el proceso de incorporación a la estructura social tiene una dimensión material a través de los rituales que cada comunidad establece para sus individuos y que establecen una posición desde la que se mira el mundo. Me pregunto además por el proceso de pasaje de la niñez a la hombría que los chicos experimentan al interior del club, y en la hombría como valor central al fútbol contemporáneo. Pensar en rituales implica entonces indagar en todos aquellos que se hacen presentes en las instituciones formativas, pero también preguntarse por movimientos colectivos recurrentes, como aquel por el cual a temprana edad un chico es llevado a una “escuelita”.
- **Los centros de formación deportiva:** Si bien no hemos problematizado en profundidad

la noción de institución en este ensayo han aparecido algunos elementos a considerar. Los chicos ingresan a estas instituciones con el deseo de convertirse en jugadores de fútbol, de modo que si bien los niños pasan al interior de ellos buena parte de su infancia y adolescencia, aquella premisa de los Aparatos Ideológicos del Estado que plantea que define trayectorias en principio no sería aquí punto de análisis. No obstante sí es meritorio pensar las creencias, identificaciones, adscripciones, formas de categorizar el mundo al interior del club. Nos preguntaremos entonces de qué maneras materializan la estructura económica e interpelan a los jugadores. En segundo término, y ya desde Foucault, aquellos elementos que mencionábamos en página 17: la disciplina que allí se establece y los modos de control de los individuos: la propuesta de espacialidad -la clausura, la zonificación y el establecimiento de jerarquías entre los jugadores; los modos de promover formas de desempeño a partir de otorgar o quitar beneficios materiales. A partir Giddens, finalmente, el desarrollo de “reglas” como procedimientos generalizables que establecen la reproducción de las prácticas sociales.

- **El poder:** Otro eje de análisis serán las relaciones de poder, encarnadas en aquellas que se establecen entre los jugadores y los actores con los que interactúan (sus familias, el cuerpo técnico, la dirigencia, los representantes comerciales). En términos de micropolíticas de Foucault esto implica observar las configuraciones propias de dichas relaciones. Es importante también observar las relaciones de saber que allí se establecen, comenzando por la de los técnicos y padres como potenciales portadores de saber. Y nunca olvidar que no existen relaciones de poder sin resistencias, de modo que hay allí un segundo elemento a estudiar.
- **La agencia:** Esto implica pensar en dos niveles. En primer término los modos en los que los jugadores tuercen las propuestas institucionales y familiares respecto de su devenir: el modo en que los individuos reproducen y transforman la estructura a partir de su acción (la ruptura con la separación estructura/acción). En segundo lugar, los imponderables de sus acciones, los efectos imprevistos del devenir social (la ruptura con el determinismo estructural). Claro que siempre se puede argumentar que toda decisión es en última instancia inconsciente, esquema perceptivo corporal, efecto de poder. Aquí se hace necesaria una teorización más profunda para poder tomar una postura entre el desconocimiento y el saber respecto de la acción.

Para finalizar, dos postulados más: en primer término, una breve ampliación de la perspectiva procesual que mencionaba párrafos atrás. Esto acarrea observar las transformaciones que se van produciendo a lo largo del proceso: no concebir a la estructura y al sujeto como “dados” sino poner el foco en las permanentes transformaciones que surgen de las interacciones, la idea de proceso nunca cerrado. Esto implicaría alejarse de la mirada lacaniana que postula que todo lo constitutivo del sujeto se produce en el proceso de resolución del Edipo y “en el mismo momento” (Hall 2011: 24) y acercarse a la idea de que todo “cierre” que nosotros encontremos, toda definición será solo contingente, una sutura en términos de Laclau y Mouffe (2004).<sup>33</sup> Y es que apenas nos corremos de los determinismos (no rechazamos los condicionamientos) volvemos a posicionarnos en la dimensión sociosemiótica (García Canclini 2005: 34), a pensar la cultura como proceso de significación, que es en última instancia lo que ha dado sustrato a toda esta narración.

En segundo lugar ¿dónde quedó la perspectiva relacional en este recorrido? También y de manera silenciosa ha estado presente todo el tiempo, porque siempre estamos poniendo en relación al individuo con la estructura con la que interactúa, y la categoría de “jugador de fútbol” tan anhelada por quienes se desarrollan en las fuerzas básicas cobra su relevancia por contraste y distinción en el campo de las representaciones. Sólo por esta diferencia la categoría adquiere status e importancia social, y es imposible pensar el devenir de los niños sin considerar aquello que alcanzarlo excluiría.

## Referencias bibliográficas

Althusser, L. (1976). “Freud y Lacan”. Posiciones. Barcelona: Editorial Anagrama.

\_\_\_\_\_ (1988). “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”. Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan. Buenos Aires: Nueva Visión. Versión digital descargada de <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/m3/althusser.pdf>.

Avilés, C., Ruiz-Pérez, L., Navia, J., Rioja, N. y Sanz-Rivas, D. (2014). “La pericia perceptivo-motriz y la cognición en el deporte: Del enfoque ecológico y dinámico a la enacción”. En Anales de Psicología, versión online. Descargado de <http://revistas.um.es/analesps/article/view/158611>

---

<sup>33</sup> “Aunque no carece de condiciones determinadas de existencia, que incluyen los recursos materiales y simbólicos necesarios para sostenerla, la identificación es en definitiva condicional y se afina en la contingencia. (...) es, entonces, un proceso de articulación, una sutura, una sobredeterminación y no una subsunción”. Como todas las prácticas significantes, está sujeta al «juego» de la *différance*”. (Hall 2011: 15)

- Bourdieu, P. (2010). El sentido práctico. Buenos Aires. Siglo Veintiuno.
- Czesli, F. (2015a). “Las instituciones ¿un puente entre lo material y lo simbólico?” Ensayo de final de curso de la asignatura “Antropología de los sistemas económicos”. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa. Inédito.
- \_\_\_\_\_ (2015b). “Turner y Bourdieu. Un recorrido por la noción de campo y las fuentes de transformación social”. Ensayo de final de curso de la asignatura “Historia de la teoría antropológica II”. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa. Inédito.
- Durkheim, E. (1912). Las formas elementales de la vida religiosa. México: Colofón
- Ema, J.E. (2004). Del sujeto a la agencia (a través de lo político). *Athenea Digital* 5, 1-24.  
Disponible en <http://atheneadigital.net/article/view/114>
- Foucault, M. (1973). El orden del discurso. Barcelona: Tusquets
- \_\_\_\_\_ (1980). “Las relaciones de poder penetran en los cuerpos”, “Poderes y estrategias”, “Cuerpo y poder” y “Verdad y poder”. Microfísica del poder. Madrid: La Piqueta
- \_\_\_\_\_ (2002). Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- \_\_\_\_\_ (2012). El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Freud, S. (1978 [1900]). “VI. El trabajo del sueño”. La interpretación de los sueños (primera parte). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- García Canclini, N. (1990). “Introducción: La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu”. En: Bourdieu, P. Sociología y cultura. México: Grijalbo
- \_\_\_\_\_ (2005). Diferentes, desiguales y desconectados. México: Gedisa.
- Giddens, A. (1995) La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Hall, S. (2011). “Introducción: ¿quién necesita identidad?” Hall, S. Y Du Gay, P. Cuestiones de identidad cultural. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores.
- Kertzer, D. (1988). Ritual, politics and power. NY: Vail – Ballou Press
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2004 [1987]). “Más allá de la positividad de lo social: antagonismo y hegemonía”. Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. México: Fondo de Cultura Económica.
- Moscovici, S (1979) [1961]. El psicoanálisis, su imagen y su público. Buenos Aires: Editorial Huemul S.A.
- Pêcheux, M. (1978). “Orientaciones conceptuales para una teoría del discurso” y “Formación social, lengua, discurso”. Hacia un análisis automático del discurso. Madrid: Gredos.
- Schuster Fonseca, J. (1993). “La teoría de la estructuración”. En: La Palabra y el Hombre, nro.

87, Julio-septiembre, p.97-107. México: Universidad Veracruzana. Disponible en <http://cdigital.uv.mx/handle/123456789/1384>

Toscano López, D. (2008). “Un estudio del biopoder en Michel Foucault”. Tesis de grado de la Maestría en Filosofía. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana

### **Artículos periodísticos**

S/A (2015) “Argentina es el país con mayor cantidad de abonados a la televisión paga en la región”. Agencia de Noticias Télam. Disponible en